



"Yo no tengo que responder de mis actos más que ante Dios!" Esto o algo parecido, algo que venia a querer decir lo mismo ha dicho alguna vez con cómica arrogancia ese actor, entre grotesco y trágico, que es el Kaiser y a quien hace ya años comparó con Calígula uno de sus súbditos, que se firmaba L. Quidde, en un folleto famoso que desde hace años tenemos a la mano. (El folleto titulado: "Calígula: estudio sobre la locura de los cesáres romanos"—"Calígula—Eine Studie ueber roemischen Caesaren wahnsinn", se publicó primero en la revista mensual "Gesellschaft". Y ese Dios, el único ante quien el comediante—"qué artista se pierde el mundo!" podrá decir también al morir—no es el Dios de los cristianos, no es el Dios de sus súbditos—de los que le tengan—no es el Dios de los demás hombres que vivimos en la historia, ese Dios es su Dios, su Cancellar en el cielo. Y más bien será capaz de pedirle cuentas a ese su Dios, a su "Gott", si éste no le da la victoria que necesita para poder mantenerse en su papel, para poder seguir declamándolo y representándolo. Acaso hasta con la ficción de lágrimas y aquello de: "yo no he querido esta guerra!" Tragediante!

"No tengo que responder sino ante Dios de mis actos!" Pero es que éstos que creen no tener que responder sino a Dios responden de veras? Y cómo responden?

Dios para nosotros se revela en la Historia; la Historia se la manifestación, la revelación de Dios; la Historia es el pensamiento de Dios. Dios, a pesar de aquello de que los cielos nos narran su gloria, no se nos revela en la Naturaleza sino en la Historia; Dios es un valor histórico, esto es: humano, y no es un valor natural o prehistórico. El Dios troglodítico o prehistórico no pasa de ser una ciega fuerza natural, una categoría menos aun que pagana, casi fetichista. La religión troglodítica, aunque se llame cristiana, no es más que sabeísmo. El Dios de los cañones monstruosos es, más aun que el Dios del Sinaí, un Dios inhumano por ser anti-histórico.

Responder ante Dios es responder ante la Historia. Y la Historia es siempre presente. Y el éxito, la victoria, no es tampoco una respuesta. De las frases más impías, más anti-cristianas, más inhumanas que se han presenciado desde que empezó la guerra la más impía, la más anti-cristiana, la más inhumana es acaso aquella que el monstruoso general von der Goltz, el instructor de los turcos, dijo al piadoso, al cristiano, al humano cardenal Mercier: "la victoria borrará todo eso". Acaso la der por buena aquellos germanófilos, aquellos asesínófilos nuestros que presuman todavía de cristianos.

Ningún poder humano irresponsable puede ser un poder moral. Y el imperalismo no significa sino la irresponsabilidad. Y cuanto más tenga un Rey de irresponsable más tiene de Emperador.

"¿En qué se diferencia un rey de un emperador?" se nos ha preguntado más de una vez. Para muchos la diferencia no es más que de excelencia litúrgica, de graduación, del mismo orden que la que estima que de conde se asciende a marqués y de marqués a duque, o que el tratamiento de Excelencia es superior al de Ilustrísima. Pero la historia nos enseña que el título de emperador fué de origen militar así como el de rey lo fué de origen civil. Se comprende un rey puramente civil, un supremo magistrado, pero no se comprende un emperador que no sea ante todo y sobre el jefe del ejército. El "imperator" era entre los romanos el capitán general, el supremo caudillo militar. Lo fué el César, de cuyo nombre — Caesar — tienen tanto Kaiser como Tsar. Y Napoleón, que no fué nunca rey, pasó de cónsul a emperador.

Y el emperador, el jefe del ejército, no responde ante su pueblo, al que considera como un ejército y no más. Y por eso un emperador puede decir que sólo responde a Dios lo que equivale a declararse humanamente irresponsable.

El déspota, aquel cuyas supremas resoluciones puedan basarse en razones de Estado secretas, el que no se cree obligado a dar a su pueblo las razones de sus actos todos, el déspota es siempre imperial y siempre irresponsable. Y es esa irresponsabilidad lo que se llama el derecho divino de los reyes. El llamado derecho divino de los reyes no es, pues, otra cosa que el derecho a no responder que los déspotas se arrojan.

Y si esta guerra ha de tener algún fruto de bendición histórica ha de ser el de acabar con ese derecho divino que se reduce a la irresponsabilidad, con eso de que un soberano individual pueda decretar la guerra o la paz sin haber antes contado con su pueblo, sin haberla discutido. Y la necesidad de discutir públicamente la paz y la guerra equivale casi a suprimir esta última.

Un rey no puede ser a la vez constitucional y por la gracia de Dios, ni

aunque lo digan nuestras monedas corrientes que por la cara—la del rey—rezan: "Alfonso XIII, por la g. de Dios" y por la cruz—el escudo de España—esto otro: "rey constitucional de España". Como no entendamos eso de la gracia de Dios en el más amplio y más cristiano sentido, en el sentido de que todo lo humano es a la vez divino, de que toda autoridad constituida viene de Dios—"porque no hay potestad sino de Dios y las que son de Dios son ordenadas" escribió el apóstol Pablo (Rom. XIII, 1)—de que su gracia acompaña a la voluntad popular. Y en tal sentido cabría decir que hoy en España y mientras el soberano pueblo español no disponga otra cosa la Constitución es la gracia de Dios, del Dios de la Historia. Porque querer poner al soberano individual sobre la Constitución equivaldría a querer poner a los muertos, a los que en rigor representa, sobre los vivos. Porque un rey representa siempre más a los muertos que a los vivos, más a la tradición que al progreso, más a pasado que al porvenir. Y los muertos se cree que sólo responden ante Dios. Aunque la Escritura dice que Dios es Dios de vivos y no de muertos.

La savia imperialista en la realeza no es más que la irresponsabilidad. Un emperador no puede serlo constitucional. Un emperador se alza sobre una victoria real o presunta, propia o heredada. Y como la heredada no le basta, como no es verdadero imperio el que no se cimienta en sangre, de aquí que un emperador se ve arrastrado, por la lógica de su categoría histórica, a provocar guerras para buscar victorias en que asentar su imperialidad y su irresponsabilidad con ella. Y nada más precario que una realeza que quiere mantenerse irresponsable persistiendo a la vez pacífica.

No recuerdan los lectores aquel tiempo en que se susurraba de cómo querían meternos a los españoles a intervenir "manu militari" en la política interior de un país vecino y mellizo y que luego ascendería a Imperio el Reino de España? Algo así como en Bulgaria... Ese tiempo parece que pasó, pero para que no vuelva hay que acabar con las irresponsabilidades. No es libre un pueblo regido por poder irresponsable.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

